

### 3. Entrenamiento Temprano

Entre los hijos de Israel que fueron llevados cautivos a Babilonia al comienzo de los setenta años de cautiverio, se encontraban patriotas cristianos, jóvenes que eran tan fieles como el acero a los principios, que no se dejarían corromper por el egoísmo, y que honrarían a Dios aun a costa de perderlo todo.

Sobre estos jóvenes leales y verdaderos, el Señor posó su mirada con gran agrado. Tuvieron que sufrir con los culpables, pero en la providencia de Dios, este cautiverio fue el medio para llevarlos al frente. Su ejemplo de integridad inmaculada, mientras eran cautivos en Babilonia, brilla con un resplandor celestial.

Entre aquellos que permanecieron fieles a Dios después de llegar a la tierra de su cautiverio, el profeta Daniel y sus tres compañeros son ejemplos ilustres de lo que incluso la juventud puede llegar a ser cuando se une al Dios de la sabiduría. Un breve relato de la vida de estos cuatro hebreos ha quedado registrado para el aliento de aquellos que son llamados a soportar la prueba y la tentación.

Después de su regreso de la conquista de los israelitas, el rey Nabucodonosor:

«...habló a Aspenaz, jefe de sus eunucos, para que trajese de los hijos de Israel, y del linaje real, y de los príncipes, (Daniel 1: 3)

jóvenes en quienes no hubiese tacha alguna, de buen parecer, enseñados en toda sabiduría, y con conocimiento y entendimiento en ciencia, y que tuviesen habilidad para estar en el palacio del rey; y que les enseñase las letras y la lengua de los caldeos. (Daniel 1: 4)

Y les señaló el rey ración para cada día de la comida del rey, y del vino que él bebía; y que los criase tres años, para que al fin de ellos se presentasen delante del rey. (Daniel 1: 5)

Entre estos estaban Daniel, Ananías, Misael y Azarías, de los hijos de Judá. (Daniel 1:6)

A estos el jefe de los eunucos puso nombres: puso a Daniel, Beltsasar; a Ananías, Sadrac; a Misael, Mesac; y a Azarías, Abed-nego.» (Daniel 1:7)

No fue su propio orgullo o ambición lo que había llevado a estos jóvenes a la corte del rey, a la compañía de quienes ni conocían ni temían al Dios verdadero. Eran cautivos en una tierra extraña, colocados allí por la Sabiduría Infinita. Separados de las influencias del hogar y de las asociaciones sagradas, procuraron comportarse con honra, por el honor de su pueblo oprimido y por la gloria de Aquel de quien eran siervos.

Estos jóvenes habían recibido una educación correcta en su primera etapa de vida, y ahora honraban a los instructores de su niñez. A sus hábitos de abnegación se unían la seriedad de propósito, la diligencia y la firmeza.

La educación que estos cuatro jóvenes habían recibido en Judea no seguía el orden de las escuelas mundanas, sino el propósito y plan de Dios. La escuela en la que fueron educados no era como las escuelas existentes antes de la destrucción del viejo mundo por un diluvio —escuelas en las que prevalecían los sentimientos infieles, y en las que la naturaleza era reconocida y adorada por encima del Dios de la naturaleza—. Estos jóvenes fueron criados en hogares donde se les enseñó el temor del Señor.

Los padres de Daniel lo educaron en su niñez en hábitos de estricta temperancia. Le enseñaron que en cada acto debía conformarse a las leyes de la naturaleza; que su comer y beber tenían una influencia directa sobre su naturaleza física, mental y moral; que era responsable ante Dios por todas sus capacidades; y que por ninguna conducta imprudente debía atrofiar o debilitar sus poderes. Como resultado de esta enseñanza, la ley de Dios fue exaltada en su mente y reverenciada en su corazón.

Y tal educación temprana fue para Daniel y sus tres compañeros el medio de su preservación. Las lecciones aprendidas en sus primeros años los llevaron a decidir evitar ser corrompidos en las cortes de Babilonia. La verdad era verdad para ellos. Sus principios estaban grabados en sus corazones. Ellos entendieron que:

«Con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación.»  
(Romanos 10:10)

El primer y gran mandamiento,

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente,» (Lucas 10:27)

era verdad para ellos, y debía ser obedecido.

En las escuelas establecidas bajo la dirección de Dios, el temor del Señor era el fundamento de toda verdadera educación. El conocimiento de Dios había sido transmitido de generación en generación. En Abel, a quien Caín mató, y después en Enoc, Set, Matusalén, Noé y muchos otros, el Señor tuvo testigos fieles, hombres justos, que mantuvieron su temor ante su generación. Sus memorias no eran débiles ni traicioneras. Habían recibido las palabras de instrucción de Adán, y estas las repitieron a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Mucha historia y verdad importantes fueron expresadas en cánticos.

Daniel y sus compañeros estaban familiarizados con las vidas de Abel, Set, Enoc y Noé. Atesoraban las verdades que se habían transmitido de generación en generación. La imagen de Dios estaba grabada en el corazón.

Rodeados por una atmósfera de maldad, estos jóvenes permanecieron incorruptos. Ningún poder o influencia pudo apartarlos de los principios que habían aprendido en su primera etapa de vida mediante el estudio de la palabra y las obras de Dios.

Jóvenes y señoritas, estudien la historia de Daniel y sus compañeros. Sus vidas deberían inspirarles a tener la determinación de ser fieles a Dios. Deben serle leales o desleales.

La integridad cristiana se fortalece sirviendo al Señor fielmente. Eleven el estandarte en el que está inscrito:

«Los mandamientos de Dios y la fe de Jesús.» (Apocalipsis 14:12)

No hagan concesiones con el mal. La línea de demarcación entre los obedientes y los desobedientes debe ser clara y distinta. Determinen firmemente hacer la voluntad del Señor en todo momento y en todo lugar.